

# NEW LEFT REVIEW 133/134

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-JUNIO 2022

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS      ¿Una guerra evitable?      7

## ENTREVISTA

VOLODYMIR ISHCHEKNO      Hacia el abismo      21

## ENTREVISTA

TONY WOOD      La matriz de la guerra      47

LOIČ WACQUANT      Conceptualizar la «raza»      75

EVGENY MOROZOV      Crítica al tecnofeudalismo      99

CAITLÍN DOHERTY      Dos izquierdas atlánticas      141

NAOMI VOGT      Los escalofríos del montaje de  
Arthur Jafa      179

ANAHID NERSESSIAN      ¿Por amor a la belleza?      199

## CRÍTICA

HITO STEYERL      Arte y guerra      219

WILLIAM HARRIS      Más allá de Arusha      225

JOY NEUMEYER      Rusia en cifras      239

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



TONY WOOD

## LA MATRIZ DE LA GUERRA

**L**A INVASIÓN RUSA de Ucrania de 24 de febrero de 2022, lanzada por el Kremlin tras meses de crecientes tensiones, rápidamente produjo un enorme número de víctimas y varios millones de refugiados, así como una colosal ola de insensata destrucción de ciudades y localidades ucranianas. Una paz negociada todavía puede dictar su fin. Pero dado el bombardeo continuo de las ciudades ucranianas por parte de la artillería rusa y el rápido incremento de la ayuda militar occidental a Ucrania, es posible que la guerra se prolongue y por ende aumenten significativamente las posibilidades de una conflagración de mayores dimensiones con la implicación de varios Estados armados nuclearmente. Aunque todavía no está claro cómo se desenvolverá la guerra, el mundo se halla en el umbral de un nuevo periodo turbulento. Lo que sigue es un intento de bosquejar la matriz histórica a partir de la cual se ha desarrollado el conflicto actual e identificar los escenarios posibles que se dibujan ante nosotros.

### I

Sobre el Kremlin recae la responsabilidad del desencadenamiento de esta guerra y, con independencia de su resultado, los dirigentes rusos soportan una enorme carga moral por la destrucción que el conflicto ha causado hasta el momento. La decisión tomada por Estados Unidos y sus aliados de castigar y someter al ostracismo al actual régimen ruso ha tomado forma y se ha intensificado entre la amplia onda de simpatía suscitada por Ucrania y la correspondiente de condena provocada

por Putin, brevemente expresada también en Rusia por el estallido de manifestaciones espontáneas contra la guerra. Sin embargo, la justificable indignación y las demandas inmediatas de solidaridad con el pueblo ucraniano no deberían eclipsar las enormes cuestiones de responsabilidad histórica que rodean a este conflicto. Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, habiendo sido el bloque más poderoso en la disputa geopolítica librada sobre Ucrania durante las últimas décadas, han desempeñado necesariamente un papel en la conformación del contexto de la invasión, al igual que las rivalidades interimperialistas características de la *belle époque* definieron el escenario en el que se produjo el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914. Todo análisis que se circunscriba únicamente a las acciones realizadas por Rusia o que no vaya más allá de lo que sucede en la cabeza de Putin, constituye en el mejor de los casos una fantasía unilateral y, en el peor, una distorsión premeditada de los hechos.

Una comprensión cabal de los acontecimientos requiere que dilucidemos tres líneas de análisis entrelazadas entre sí: en primer lugar, el propio desarrollo doméstico y las propias prioridades de Ucrania desde 1991; en segundo, el avance de la OTAN y de la Unión Europea en el vacío estratégico creado en Europa Oriental tras la conclusión de la Guerra Fría; y, finalmente, la trayectoria de Rusia desde su declive postsoviético a su nueva reafirmación nacional. Los choques y confluencias de estas tres dinámicas produjeron el contexto general en el que posteriormente Rusia cometió su acto de agresión.

## 2

La guerra de 2022 es simultáneamente la expresión y el resultado de dinámicas de más largo plazo, que han colocado a Ucrania en el centro de proyectos geopolíticos y geoeconómicos rivales: por un lado, el tándem occidental de la OTAN y la Unión Europea deseoso de extender el dominio estratégico de Estados Unidos y de plegar a Ucrania a la arquitectura capitalista liberal de la Unión Europea; por el otro, los intentos rusos de reestablecer una esfera de influencia en su «cinturón exterior más próximo». El equilibrio de poder –militar, económico, ideológico– entre estos dos proyectos ha sido sesgado por decirlo suavemente. Durante buena parte de las décadas de 1990 y 2000, uno de estos proyectos pudo avanzar sin encontrar obstáculos a su paso, mientras el otro

se manifestaba como poco más que una fantasía compensatoria, dado el desbarajuste postsoviético de Rusia. Sin embargo, desde mediados de la década de 2000, momento en el que la economía rusa se reanimó por mor de los ingresos procedentes de la exportación de sus recursos naturales, estos dos proyectos rivales han entrado en colisión poniéndose en total evidencia su fundamental incompatibilidad.

Desde el momento en que ganó su soberanía en 1991, Ucrania ha experimentado procesos simultáneos de formación de su Estado y de construcción nacional dotados de una gran aceleración, que intentaba perseguir al mismo tiempo sus propios intereses autónomos independientes tanto de Occidente como de Rusia. Sin embargo, el intento de mantener un equilibrio entre estos dos polos durante la década de 1990 y principios de la siguiente se enfrentó inmediatamente después a una decisión de suma cero. Desde 2014, una vez verificada la anexión de Crimea y especialmente tras el inicio de la guerra en el Donbas, la confrontación de ambos proyectos no ha dejado de intensificarse, produciendo una especie de fricción entre placas tectónicas, que ha redefinido la entidad política ucraniana y al hilo de la cual sus elites han orientado al país firmemente hacia Occidente, mientras sus territorios orientales permanecían empantanados en el conflicto separatista suscitado y apoyado por Rusia. La invasión de 2022 decidida por Putin pretendía sacudir esta pauta político-estratégica preexistente para después redefinirla de acuerdo con las especificaciones de Moscú. El conflicto, sin embargo, puede limitarse únicamente a confirmar la tendencia histórica subyacente a tenor de la cual los vecinos postsoviéticos de Rusia aceleran su distanciamiento de la misma para producir precisamente la corona fortificada de Estados prooccidentales que la política rusa ha intentado durante años impedir.

### 3

La consolidación de un entidad política ucraniana fervientemente prooccidental, cuya actitud y posición se hallan definidas en gran medida por la necesidad de resistir la hostilidad rusa, es un resultado totalmente sorprendente dada la herencia plural del país y su considerable grado de cercanía y proximidad a Rusia. En su composición territorial, su cultura y su perfil demográfico, la Ucrania que ganó la independencia tras la desintegración de la URSS era muy distinta, digamos, de los Estados bálticos, cuyos contornos territoriales habían sido establecidos después

de la Primera Guerra Mundial y cuya especificidad cultural había perdurado respecto al resto de la Unión Soviética. Las fronteras de la Ucrania moderna, que se extienden desde el núcleo histórico del nacionalismo ucraniano por el oeste hasta el área central de la modernidad industrial soviética por el este –desde las cúpulas barrocas de Leópolis hasta el Palacio Constructivista de la Industria de Járkov– son el legado tanto de un pasado imperial ruso como soviético<sup>1</sup>. Los bolcheviques definieron, en la estela de la guerra civil rusa, los contornos de la República Socialista Soviética Ucraniana en 1922, reunificando Kiev y el cogollo del Rus medieval con las tierras de la estepa, originalmente conquistadas por el Imperio de los Romanov en el siglo XVIII, y la región industrial del Donbas. Al comienzo y a finales de la Segunda Guerra Mundial se añadieron otras provincias de habla ucraniana situadas en el extremo occidental del país, que habían pertenecido al Imperio Habsburgo para luego convertirse en territorio polaco. En 1954, Crimea, que desde 1921 constituía una República Socialista Soviética Autónoma integrada en la República Soviética Rusa en el seno de la URSS, fue transferida a la República Socialista Soviética Ucraniana tras haber sido deportada en masa la totalidad de su población tártara en 1944.

Las políticas soviéticas iniciales, en línea con los principios leninistas de autodeterminación, habían estimulado el uso de la lengua ucraniana y la «indigenización» de las estructuras estatales; durante la década de 1920 se produjo también un florecimiento literario y cultural a medida que las redes nacionalistas previamente separadas por las fronteras imperiales recibían la correspondiente sanción estatal. Pero a finales de esa década, Moscú invirtió su ruta, adoptó un criterio punitivo y la *intelligentsia* nacionalista de Ucrania fue diezmada<sup>2</sup>. Posteriormente, aunque los estratos dirigentes de la Ucrania comunista serían ucranianos, el espacio para la expresión de una identidad nacional ucraniana, si bien sovieterizada, se redujo considerablemente. Desde el punto de vista demográfico, aunque las protestas rusas de que los ucranianos son su «pueblo hermano» siempre han sido tan condescendientes como paternalistas, además de egoístas, desde los tiempos zaristas se ha registrado una considerable migración y un elevado número de matrimonios intercomunitarios en todos los estratos sociales. Si la industrialización del este

---

<sup>1</sup> Para un análisis histórico equilibrado de estas épocas, véase Orest Subtelny, *Ukraine: A History*, Toronto, 2009, 4ª edición, pp. 201-335 y 348-537.

<sup>2</sup> Sobre ambas fases véase Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca (NY), 2001, esp. capítulos 2, 3, 6 y 7. Gracias a Kyle Shybunko por sus indicaciones sobre este periodo.

de Ucrania implicó un aflujo de población rusoparlante, a la inversa, la colonización de la frontera agrícola siberiana fue efectuada en una significativa medida por campesinos ucranianos. Anatol Lieven ha asimilado el papel de los ucranianos en el Imperio ruso al de los escoceses más que al de los irlandeses en el Imperio británico, excepto en que, en los ámbitos legales y económicos, era «imposible decir quiénes eran los «colonizadores» y los «colonizados»<sup>3</sup>. A este respecto Ucrania difería de las repúblicas soviéticas de Asia central y del Cáucaso en las que se verificó un situación de algún modo más próxima a una relación colonial. En el conjunto de la URSS, el ruso había sido, en la mayoría de los casos, la lengua de la alta política, la educación y el avance social —el instrumento de la modernización soviética, en palabras de Lieven<sup>4</sup>— y el bilingüismo esperado de los no rusos raramente fue correspondido. En este caso, también, Ucrania era diferente: a finales de la era soviética la mayoría de Ucrania era genuinamente bilingüe, siendo el ruso la lengua franca o la lengua madre en algunas de las ciudades ucranianas más importantes, mientras la población de Kiev y de las provincias centrales hablaba dialectos que mezclaban ambas lenguas.

Lo que Ucrania compartía con la mayoría de las antiguas repúblicas soviéticas era un estructura económica, que había sido diseñada fundamentalmente para formar parte de un sistema constituido por la unión integral con el resto de unidades, y que, por consiguiente, se mostraría drásticamente desequilibrado cuando Ucrania se convirtió en una unidad soberana. Además de un importante sector agrícola, Ucrania poseía minas y la industria pesada del Donbas, así como un considerable sector militar. En la situación de estancamiento ya registrada durante la década de 1980, estos sectores serían drásticamente reducidos por el colapso soviético, el cual dejó al país en una situación tambaleante a la búsqueda de nuevos mercados exportadores en un momento en el que intentaba reequilibrar su economía, sumida en esos momentos en una depresión todavía más profunda que la que afectaba a otros Estados postsoviéticos: el PIB se contrajo más del 60 por 100 entre 1990 y 1999 e incluso en 2020 seguía siendo apenas la mitad de su último valor soviético (en precios constantes)<sup>5</sup>. Ucrania fue también la última de las repúblicas soviéticas en crear una moneda permanente: el *karbovanets*, introducido de modo temporal en 1992 y posteriormente destrozado por la hiperinflación, fue reemplazado por la *grivna* tan solo en 1996.

<sup>3</sup> Anatol Lieven, *Ukraine and Russia: A Fraternal Rivalry*, Washington DC, 1999, p. 27.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>5</sup> World Bank national accounts data, «GDP (constant 2015 US\$)—Ukraine».

Estas especificidades –la diversidad territorial, la relación *sui generis* con Rusia y los legados de la interdependencia económica soviética– hicieron de Ucrania un país intrínsecamente diverso y potencialmente más dividido que muchas otras de las repúblicas postsoviéticas y supusieron constricciones particulares impuestas sobre su desarrollo durante la década de 1990.

## 4

Los movimientos nacionalistas, sobre todo el Partido Ruhk (el Movimiento Popular de Ucrania), jugaron un prominente papel en el impulso ucraniano hacia la soberanía tras la conclusión de la era soviética, aunque en la práctica fue dirigido por una sección de la antigua nomenclatura. El referéndum sobre la independencia de diciembre de 1991 arrojó el 91 por 100 de votos a favor de la misma<sup>6</sup>. Sin embargo, este apabullante mandato se había fundado también en la llegada de una mayor prosperidad y cuando esta no se materializó, creció el descontento con el presidente Leonid Kravchuk. En 1994 Leonid Kuchma, un rusoparlante originario de Chernihiv, pero posteriormente radicado en Dnipró, ganó la presidencia ucraniana con un programa basado en la mejora de los lazos con Rusia y en promesas de descentralización. Sin embargo, el margen de su victoria fue estrecho –52 por 100 frente al 45 por 100 obtenido por Kravchuk– y los totales nacionales ocultaban profundos desequilibrios regionales: este último, oriundo de Rivne había obtenido el 90 por 100 de los votos en algunas provincias occidentales, mientras que Kuchma casi había replicado esas cifras en el este y el sur del país, hallándose el centro dividido<sup>7</sup>. Tras las elecciones, la promesa de la descentralización fue dejada de lado y aunque el impulso institucional en pro de la «ucranización» se estancó, el propio Kuchma hizo público que pretendía aprender ucraniano.

La década de Kuchma en el poder transcurrida entre 1994 y 2005 trajo aparejada una situación de equilibrio estratégico, que tanto reflejaba como consagraba las disparidades internas existentes en el país. Como señaló Orest Subtelny, «dado que las diversas fuerzas políticas ucranianas no podían ponerse de acuerdo sobre la orientación geopolítica que Ucrania debía adoptar, todas ellas aceptaron que, por el momento, la neutralidad constituía la mejor opción», lo cual supuso codificar legalmente

---

<sup>6</sup> Cifras de Ella Zadorozhniuk y Dmitri Furman, «Ukrainskie regiony i ukrainskaia politika», en Dmitri Furman (ed.), *Ukraina i Rossiia: obshchestva i gosudarstva*, Moscú, 1997, p. 104, cuadro v.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 117, cuadro VIII.

«el estatus de no pertenencia a bloques», así como la adopción de un «política exterior multivectorial»<sup>8</sup>. Por un lado, Kuchma concluyó varios tratados fundamentales con Yeltsin, incluyendo el crucial acuerdo de 1997 que garantizaba la soberanía de Ucrania y estipulaba la división de la flota del Mar Negro. En 2000-2001 firmó además diversos acuerdos con Putin relativos a los gaseoductos que, entre otras cosas, revirtieron en beneficio de un puñado de clanes oligárquicos, lo cual creó un estrato de multimillonarios que tenía un interés material en mantener buenas relaciones con Rusia<sup>9</sup>. Por otro lado, Kuchma también efectuó diversas aperturas hacia Occidente, intentando estrechar los lazos económicos con la Unión Europea al tiempo que propiciaba la cooperación con la OTAN<sup>10</sup>. Kuchma también envió mil setecientos efectivos para participar en las tareas de «estabilización» de Iraq tras la invasión en 2003<sup>11</sup>.

Más que una cuestión de conveniencia política a corto plazo, este acto de equilibrio encontraba su razón de ser en los dilemas geopolíticos y económicos a los que se enfrentaba la Ucrania postsoviética: ¿debía intentar integrarse con Occidente a riesgo de sufrir una degradación semipermanente a un estatus periférico o debía reestablecer los lazos con Rusia al precio de una soberanía disminuida o incluso de su reincorporación a una URSS restaurada? La actitud ambivalente de Ucrania respecto de la Comunidad de Estados Independientes, conjuntamente creada por Yeltsin, Kravchuk (Ucrania) y Stanislav Shushkevich (Bielorrusia) en 1991, derivaba fundamentalmente de los temores suscitados por el segundo de estos escenarios. Las preocupaciones por el primero, entretanto, impulsaron el interés de Kuchma en revitalizar los sectores industriales ucranianos de alto valor añadido a fin de integrar el país en la economía mundial en los mejores términos posibles, así como de propiciar la creación de una fuerte clase capitalista nacional. Mientras que el primer componente de este proyecto fue desbaratado por un continuo desastre económico, el segundo se realizó en la forma perversa de los clanes oligárquicos, que fueron los destinatarios, designados por el Estado, de la bonanza de las privatizaciones de principios de la década de 2000<sup>12</sup>.

---

<sup>8</sup> O. Subtelny, *Ukraine: A History*, cit., p. 598.

<sup>9</sup> Yuliya Yurchenko, *Ukraine and the Empire of Capital*, Londres, 2018, pp. 75-78.

<sup>10</sup> Ello incluyó la realización en 1997 de unas provocadoras maniobras militares conjuntas con las fuerzas estadounidenses en las costas de Crimea, lo cual desencadenó protestas contra la OTAN en la península: A. Lieven, *Ukraine and Russia: A Fraternal Rivalry*, cit., p. 120.

<sup>11</sup> «Kuchma asks parliament to send troops to Iraq», *Kyiv Post*, 3 de junio de 2003.

<sup>12</sup> Marko Bojczun, *Towards a Political Economy of Ukraine: Selected Essays, 1990-2015*, Stuttgart, 2020, p. 211; y Y. Yurchenko, *Ukraine and the Empire of Capital*, cit., pp. 83-86.



Sin embargo, los patrones comerciales de Ucrania se diversificaron rápidamente después de 1991. Mientras que en 1995 el 53 por 100 de las exportaciones ucranianas se dirigían a Rusia, en 2009 ese flujo se había reducido al 25 por 100; inversamente, Rusia pasó de representar el 43 por 100 de importaciones procedentes de Ucrania a suponer únicamente el 20 por 100 en ese mismo periodo<sup>13</sup>. Una parte de esa disminución fue absorbida por los países de la Unión Europea: en 1996 estos recibían tan solo el 11 por 100 de las exportaciones ucranianas, pero en 2009 su cuota había ascendido al 24 por 100<sup>14</sup>. Estos cambios ejemplifican una tendencia centrífuga más amplia detectable entre los antiguos Estados soviéticos, dado que todos ellos forjaron nuevos vínculos comerciales, en muchos casos de la nada, y en consecuencia relajaron su interdependencia económica con Rusia sin cortar no obstante sus lazos con ella completamente. La dinámica de la reducción de la influencia económica rusa era, sin embargo, evidente.

## 5

El abrupto colapso de Rusia como gran potencia durante la década de 1990 no fue únicamente la causa del desastre social y económico registrado en su frente doméstico, sino también la condición de posibilidad del total realineamiento estratégico de Europa Oriental. El desmantelamiento del Pacto de Varsovia no fue correspondido, como los dirigentes soviéticos ingenuamente habían esperado, por una simétrica liquidación de la OTAN<sup>15</sup>. Por el contrario, la retirada del poder militar soviético ofreció a Washington una oportunidad que la potencia estadounidense no estaba dispuesta a dejar escapar. Cuando Estados Unidos amenazó con torpedear la reunificación alemana a no ser que Alemania se integrara en la OTAN, los soviéticos no insistieron en su neutralidad<sup>16</sup>. Dado que la retirada soviética dejaba tan solo a una única superpotencia al mando de la situación, los dirigentes europeo-orientales se apresuraron a presentar

---

<sup>13</sup> Sergei Kulik *et al.*, *Ekonomicheskie interesy i zadachi Rossii v SNG*, Moscú, 2010, p. 97, anexo 2.

<sup>14</sup> Cifras procedentes del Harvard Atlas of Economic Complexity.

<sup>15</sup> «Desmantelamos tanto la OTAN como el Pacto de Varsovia. Dejemos en libertad a vuestros aliados y a los nuestros», sugerencia del ministro de Asuntos Exteriores soviético Eduard Shevardnadze al secretario de Estado estadounidense James Baker efectuada en septiembre de 1989; citado en M. E. Sarotte, *Not One Inch: America, Russia and the Making of Post-Cold War Stalemate*, New Haven (CT), 2021, p. 29.

<sup>16</sup> *Ibid.*, caps. 2 y 3.

su solicitud de adhesión a la OTAN, declarando los países del Grupo de Visegrado (República Checa, Hungría, Polonia) su intención de hacerlo en 1992. En 1994 Clinton anunció durante una visita a Polonia que la admisión de nuevos miembros a la Alianza «ya no era una cuestión de si se incorporarían a la misma, sino de cuando y cómo lo harían»<sup>17</sup>. Las pocas voces opuestas a la expansión de la OTAN que se hicieron oír en Washington –incluida la de George Kennan, el arquitecto de la estrategia de contención de la Unión Soviética durante la Guerra Fría– fueron ignoradas, sus preocupaciones por la provocación que ello podría suponer para Rusia fueron desatendidas y la vacilación de los aliados de la OTAN dirigida por Estados Unidos dejada de lado. Las consideraciones militares fueron eludidas, aduciendo que «la posibilidad de que Polonia o la República Checa necesiten ser defendidas parecía remota»<sup>18</sup>. En realidad, la principal razón por la que la expansión de la OTAN pudo cobrar tal vigor fue, precisamente, porque Rusia había dejado de ser una amenaza. Ese impulso se sostuvo durante la década de 2000: después de que el Grupo de Visegrado se uniera en 1999, siete países más –los Estados bálticos, más Bulgaria, Rumanía, Eslovaquia y Eslovenia– lo hicieron en 2004, seguidos por Albania y Croacia en 2009.

Sin embargo, aunque la expansión se produjo fundamentalmente por la situación de debilidad de Rusia, inicialmente exigió un escudo de ambigüedad para amortiguar el golpe que ello suponía para Moscú y, en particular, para no dañar las expectativas de reelección de Yeltsin en 1996. Estados Unidos acometió una política dúplice en la que se animaba la colaboración de Rusia con la OTAN, mientras se enfriaban las aspiraciones a su pertenencia. Para los estrategas rusos, sin embargo, la cuestión del objetivo último de la Alianza Atlántica seguía abierta: ¿si esta no se dirigía contra Rusia, porque no debería su país unirse a la misma? La aspiración misma provenía de la prevalencia de una línea «occidentalizadora» en las reflexiones sobre la política exterior rusa del momento, que abogaba por una integración más estrecha con Occidente y por la creación de una arquitectura de seguridad común «de Vancouver a Vladivostok», dicho con la frase utilizada en 1991 por los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos y Alemania y replicada por su colega ruso Andrei Kozyrev<sup>19</sup>. Esta línea continuó predominando bien

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 191; véase también James Goldgeier, *Not Whether But When: The US Decision to Enlarge NATO*, Washington DC, 1999

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>19</sup> M. E. Sarotte, *Not One Inch: America, Russia and the Making of Post-Cold War Stalemate*, cit., p. 128.

entrado el mandato de Putin. En 2000 este llegó a proponer la pertenencia de Rusia a la OTAN y reafirmó su lugar como «parte de la cultura europea»<sup>20</sup>. La aprobación occidental de su guerra contra Chechenia en 1999 fue correspondida por el apoyo ruso concedido a la «guerra contra el terrorismo» de Bush lanzada después del 11/S. Pero las esperanzas rusas de una colaboración más profunda, por no hablar de un rediseño de la arquitectura de la seguridad global, se vieron frustradas. Durante la segunda mitad de la década de 2000, en realidad, se hizo evidente que los intereses rusos y occidentales eran fundamentalmente incompatibles y los hechos acaecidos en Ucrania iban a jugar un papel central tanto en revelar como en profundizar esa incompatibilidad.

## 6

La «Revolución Naranja» de 2004-2005, en la cual las protestas populares alzaron al poder al prooccidental Viktor Yushchenko en sustitución del presidente respaldado por Rusia Viktor Yanukovich, situó al país en una senda política decisivamente divergente de la seguida por la mayoría del resto de países postsoviéticos. Dmitri Furman identificó un parecido de familia entre los regímenes que llegaron al poder a principios de la década de 1990, denominándolos «democracias por imitación»<sup>21</sup>. El término se refería a la distancia existente entre la forma democrática y la sustancia antidemocrática, sirviendo la fachada electoral para ocultar el dominio continuado de un único «partido de poder». Sin embargo, aunque Ucrania se adecuó a este patrón durante la década de 1990 – Kuchma también, como Yeltsin en Rusia y Nazarbaev en Kazajistán, dominó su parlamento y logró imponer una nueva constitución– su propia heterogeneidad interna hizo imposible el mantenimiento en el país de una camarilla dominante carente de divisiones. La vida política ucraniana era más variada y contestataria que en la mayoría de los países de la antigua Unión Soviética; Ucrania también había experimentado una versión más policéntrica del enriquecimiento oligárquico que el registrado en Rusia, lo cual produjo la consabida disputa entre clanes con tonalidades regionales, que estaba madura para ser transferida a la

<sup>20</sup> «Putin Says “Why Not?” to Russia Joining NATO», *The Washington Post*, 6 de marzo de 2000.

<sup>21</sup> Dmitri Furman, *Dvizhenie po spirali: politicheskaja sistema Rossii v riadu drugikh sistem*, Moscú, 2010; la versión inglesa de esta obra será publicada en breve por Verso bajo el título *Imitation Democracy: The Development of Russia's Post-Soviet Political System*.

esfera política<sup>22</sup>. La rivalidad tripartita desplegada durante la segunda mitad de la década de 2000 entre Yushchenko, Yanukovich y Yulia Timoshenko, procedentes respectivamente de Sumy, la provincia de Donetsk y Dnipró, rápidamente erosionó la euforia inicial generada por la Revolución Naranja. Pero con independencia de las intrigas oligárquicas, la competencia política genuina se convirtió en la norma de la vida cívica de un modo que no regía en Rusia, lo cual creó espacios en los cuales las movilizaciones de masas podían alterar potencialmente una determinada situación de equilibrio en momentos de crisis sin alterar fundamentalmente, sin embargo, los parámetros generales de la economía política postsoviética de Ucrania.

La victoria de Yushchenko también trajo consigo la intensificación de la lucha entre los intereses occidentales y rusos sobre Ucrania, lo cual incrementó las diferencias políticas internas existentes en el país. Al abandonar la estrategia de Kuchma de navegar entre Rusia y Occidente, Yushchenko propinó un giro occidental tanto económica como geopolíticamente. En 2008 el gobierno ucraniano comenzó las discusiones con la Unión Europea sobre lo que finalmente se convertiría en un Acuerdo de Asociación, uniéndose al Eastern Partnership de la misma en 2009. Apostando firmemente por intensificar los vínculos económicos con Occidente, Yushchenko liberalizó los mercados financieros ucranianos y dio la bienvenida a la llegada de la inversión extranjera, la cual se incrementó notablemente pasando de un flujo neto de 1,7 a 10,2 millardos de dólares entre 2004 y 2007, si bien estas cifras eran todavía modestas regionalmente hablando, dado que la cifra equivalente de Polonia para 2007 había sido de 25 millardos. Sin embargo, en vez de fortalecer el sector industrial ucraniano, buena parte de la inversión se encaminó a los sectores financiero e inmobiliario. La cuota del capital extranjero presente en el sistema bancario ucraniano creció del 13 a más del 50 por 100 entre 2004 y 2009, respondiendo el 60 por 100 de esa cuota a inversiones procedentes de seis países de la Unión Europea, mientras que la financiación rusa representaba el 20 por 100 restante<sup>23</sup>.

Aunque el PIB creció a una media superior al 6 por 100 entre 2004 y 2008, los frutos del mismo se repartían desigualmente en términos sociales

---

<sup>22</sup> M. Bojcun, *Towards a Political Economy of Ukraine: Selected Essays, 1990-2015*, cit., pp. 137-138.

<sup>23</sup> Cifras procedentes del World Bank National Accounts Data, «Foreign direct investment, net inflows (BoP, current US\$)»; y M. Bojcun, *Towards a Political Economy of Ukraine: Selected Essays, 1990-2015*, cit., pp. 200-201.

y geográficos. Las provincias occidentales, históricamente empobrecidas cuando formaban parte del Imperio austro-húngaro y de Polonia, continuaron rezagándose ulteriormente: el peso de la agricultura en sus economías y los niveles de desempleo las dejaron en peor situación que las provincias centrales y orientales, estimuladas por la demanda de carbón, coque y acero<sup>24</sup>. Su prolongada miseria se halló entre las precondiciones para las movilizaciones nacionalistas de 2014, sustentándose en muchos casos el sentimiento proeuropeo en el deseo frustrado de acceder a las mejores oportunidades ofrecidas incluso por los segmentos más bajos de los mercados de trabajo europeos. Pero mientras la orientación prooccidental del gobierno era ciertamente compartida por una gran parte de la población, las provincias orientales permanecían económicamente ligadas y culturalmente próximas a Rusia. Estas provincias seguían constituyendo una base lo suficientemente fuerte para que Yanukovich optara exitosamente al poder en 2010, lo cual puso en evidencia tanto que la elección por parte de Ucrania entre los bloques rivales del este y el oeste todavía no había sido definitivamente decidida, como que la propia elección constituía un factor divisivo en la política doméstica ucraniana.

## 7

Junto con las decisiones tomadas para integrar más estrechamente Ucrania en la Unión Europea, Yushchenko intensificó los esfuerzos para lograr su plena integración en la OTAN. En esos momentos, no existía mandato popular alguno para seguir tal curso de acción y la constitución ucraniana prohibía la instalación de bases militares extranjeras<sup>25</sup>. Pero la aspiración del gobierno ucraniano fue aprobada por la cumbre de Bucarest de la OTAN en abril de 2008, junto con la de Georgia. El comunicado oficial afirmaba categóricamente que «estos países se convertirán en miembros de la OTAN»<sup>26</sup>. El proceso carecía, sin embargo, de todo cronograma explícito frente a las objeciones explicitadas por Putin al ingreso de ambos países en la Alianza Atlántica. Este hecho constituyó un punto de inflexión en el que el papel históricamente culpable de Estados Unidos a la hora de impulsar la expansión de la OTAN

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 201; Volodymyr Ishchenko, «Las fracturas de Ucrania», *NLR* 87, julio-agosto de 2014.

<sup>25</sup> Rajan Menon y Eugene Rumer, *Conflict in Ukraine: The Unwinding of the Post-Cold War Order*, Cambridge (MA), 2015, p. 39.

<sup>26</sup> «Declaración de la cumbre de Bucarest», 3 de abril de 2008.

debe ser puesto de relieve. Totalmente consciente de las preocupaciones albergadas por Rusia por revertir la oferta efectuada a Ucrania y Georgia de una senda inmediata de adhesión a la Alianza, el gobierno de Bush pasó por alto los resquemores franceses y alemanes, insistiendo en que los procesos de incorporación avanzarían igualmente, lo cual dejó a ambos Estados aspirantes en la sala de espera, privados de cualesquiera beneficio derivado de la pertenencia, mientras se intensificaban las preocupaciones abrigadas por Rusia. Impuesto por Washington desde la segura distancia de los más de 8.000 kilómetros que le separan del escenario de estos hechos, este curso político colocó conscientemente a las poblaciones de Georgia y Ucrania en peligro, constituyendo un cálculo estratégico vergonzoso por el cual únicamente los no miembros de la OTAN han debido hasta la fecha pagar un precio.

La hipótesis de la OTAN bien puede haber sido que Rusia simplemente tendría que tragarse la píldora de la siguiente ronda de expansión como había hecho con las anteriores. Pero la impotencia temporal del país para oponerse al crecimiento de la Alianza durante la década de 1990 no era lo mismo que la aquiescencia indefinida a ello y los planificadores de la misma seguramente previeron que una reacción de uno u otro tipo se produciría más pronto o más tarde. Esta llegó apenas cuatro meses después de la cumbre de Bucarest en la forma de la guerra ruso-georgiana. Aunque duró apenas unos días, la guerra de agosto de 2008 estableció una pauta que sería seguida en Ucrania en 2014. Justificada por el Kremlin en términos de la consabida humanitaria «responsabilidad de proteger», lo cual suponía revertir la retórica occidental contra sí misma la intervención rusa solidificó efectivamente las divisiones internas en pro de conflictos separatistas «congelados», lo cual pretendía evidentemente operar como un dispositivo de bloqueo para su total adhesión a la OTAN. Al mismo tiempo, la guerra ruso-georgiana puso de relieve la carencia de otros medios de persuasión por parte del Kremlin que el uso de la fuerza, que posteriormente se convertiría cada vez más en una herramienta entre otras de la política exterior, lo cual redujo peligrosamente el umbral para el uso del poder militar. Sin embargo, aunque la postura rusa había visiblemente alterado el cuadro, los parámetros generales de la política estadounidense se mantuvieron intactos, haciendo prácticamente inevitable que se produjeran ulteriores choques en el futuro.

Las protestas del Maidan de 2013-2014 y sus consecuencias cristalizaron en un poderoso conjunto de polarizaciones instaladas en el seno de la política ucraniana en las que las fuerzas económicas y geopolíticas externas se perfilaron como opciones dicotómicas binarias de tipo existencial: Occidente o Rusia, OTAN o Putin, la Unión Europea *versus* la Unión Euroasiática liderada por Rusia, e, incluso, entre civilización o barbarie. Estas oposiciones se superponían sobre el desigual mapa político, social y demográfico del país empantanado a su vez en una situación de estancamiento económico. El PIB, tras contraerse drásticamente en los inicios de la crisis económica global, se contrajo el 15 por 100 en 2009 para reanimarse después brevemente, siendo en 2013 el crecimiento de nuevo vacilante. Las frustraciones económicas se vieron agravadas por la corrupción y el tenor autoritario del mandato de Yanukovich. El antiguo gobernador del Donetsk y su clan asociado se hallaban claramente inclinados a favorecer los intereses materiales rusos y, por supuesto, a aprovecharse de ellos personalmente, pero las negociaciones con la Unión Europea sobre el Acuerdo de Asociación se aceleraron durante el mandato de Yanukovich, lo cual mantuvo el impulso prooccidental del país. Sin embargo, era también evidente que muchas de las industrias domésticas ucranianas serían realmente dañadas por los términos recogidos en el Acuerdo de Asociación razón por la cual incluso algunos de sus oligarcas expresaron sus reservas, en particular en lo referido a la incompatibilidad existente entre un involucramiento más estrecho con la Unión Europea y la continuación de las relaciones comerciales con Rusia<sup>27</sup>.

El giro de ciento ochenta grados de Yanukovich respecto a la firma del Acuerdo de Asociación con la Unión Europea en diciembre de 2013, seguido por la dura represión de las protestas iniciales del Euromaidan, hicieron saltar la chispa de la enorme revuelta que condujo a su salida del poder el mes de febrero siguiente. El Maidan hizo aflorar muchas de las disfunciones del anterior sistema al tiempo que demostró lo frágil que era el apoyo del que disfrutaban los políticos prorrusos. Dado el profundo descrédito que recayó sobre Yanukovich y sus colaboradores, la arena política pronto fue dominada por figuras prooccidentales que maniobraron para ganarse la aprobación del Maidan. Sin embargo, el

---

<sup>27</sup> Y. Yurchenko, *Ukraine and the Empire of Capital*, cit., 155-156.

evidente consenso manifestado en las calles de Kiev estaba lejos de ser un fenómeno de alcance nacional y así el curso de los acontecimientos en la capital abrió una disputa con el área oriental rusoparlante, que posteriormente el Kremlin amplió con todo el esmero mediante la anexión de Crimea y la entrega de armamento a las fuerzas separatistas del Donbas. Estas iniciativas contribuyeron poderosamente a las persistentes afirmaciones por parte de los nacionalistas ucranianos de que Rusia suponía una amenaza a la integridad territorial de su país. La guerra en el Donbas y la anexión de Crimea también coadyuvaron en última instancia a producir el propio resultado que supuestamente debían evitar: la consolidación de una Ucrania firmemente prooccidental ligada con lazos cada vez más intensos a la Unión Europea y a la OTAN.

## 9

La crisis ucraniana de 2013-2014 también marcó un punto de inflexión para Rusia tanto en términos de su política doméstica como en su orientación internacional. Externamente, su resultado final fue indudablemente una derrota geopolítica para el Kremlin, ya que se cimentó la orientación prooccidental de Ucrania y se agudizaron las hostilidades con Estados Unidos y Europa. Internamente, sin embargo, la anexión de Crimea fue presentada por el Kremlin como un triunfo, dado que volvía al seno nacional un territorio que es considerado como «una parte inseparable de Rusia», dicho con las palabras que Putin empleó en su discurso de marzo de 2014 en el que anunciaba la incorporación de Crimea a la Federación Rusa<sup>28</sup>. Ampliamente popular en su momento, la anexión generó un «consenso crimeo» que permitió a Putin capear fácilmente la correspondiente confrontación con Occidente, siendo descrito el régimen de sanciones simplemente como otro capítulo del asalto general occidental contra Rusia. Pero el establecimiento exitoso de este consenso apuntaba a otro hecho crucial: la nueva preeminencia en el seno de la ideología y la práctica oficiales del nacionalismo ruso de gran potencia.

Durante buena parte de la década de 1990, el nacionalismo ruso fue el perro poco ladrador, lo cual embrolló las predicciones de que emergería una política revanchista de las humillaciones derivadas del colapso de la URSS. La razón de ello fue en parte la desorganización que aquejaba al Estado postsoviético y la profunda anomia en la que se hallaba

---

<sup>28</sup> «Alocución del Presidente a la Federación Rusa», 18 de marzo de 2014.



sumida la sociedad rusa, lo cual convirtió las movilizaciones nacionalistas en algo tan improbable como cualquier otra forma de movilización política de masas. Otra razón, sin embargo, para la debilidad inicial del nacionalismo ruso radicaba en el propio estatus de Rusia como una federación multinacional en la que los rusos formaban la vasta mayoría de la población —el 80 por 100 de acuerdo con el primer censo postsoviético de 2002— junto con docenas de otros grupos étnicos, muchos de ellos «nacionalidades titulares» de repúblicas o regiones autónomas. En tal estructura, un nacionalismo ruso abiertamente etnizado sería desestabilizador. De ahí el recurso a diferentes términos para referirse a los rusos étnicos —*russikie*— y a los ciudadanos de la Federación Rusa —*rossiane*—, rodeado este último término de declaraciones oficiales generalmente cuidadosas en cuanto a su uso. La guerra colonial de Putin en Chechenia fue librada no en nombre del dominio étnico ruso, sino en nombre del «antiterrorismo», término absolutamente genérico que pronto llegó a designar toda contrainsurgencia de carácter general desplegada en el Cáucaso septentrional de credo musulmán, pero que jamás se tradujo en términos explícitamente nacionales.

A partir de 2012, sin embargo, y con la vuelta de Putin a la presidencia del país, se hicieron cada vez más patentes elementos de pensamiento nacionalista en los pronunciamientos del Kremlin, envueltos en términos «civilizatorios», que otorgaban a Rusia un papel preponderante en la defensa de los «valores tradicionales» contra el asalto liberal<sup>29</sup>. El aplastamiento de la disidencia tras las protestas de 2011-2012 asumió con frecuencia la forma de una guerra cultural interna contra los elementos antinacionales. En la crisis ucraniana de 2013-2014 fue movilizado un nacionalismo ruso herido, desplegado para justificar la intervención rusa del lado de los rusoparlantes del Donbas. La amalgama de la lengua y la pertenencia cívica que ello implicaba era indicativa tanto de una instrumentalización deliberada, como de una profunda incompreensión: muchos de los rusohablantes de Ucrania se consideraban a sí mismos ucranianos que hablaban ruso y no rusos esencializados de algún modo ubicados en el lugar erróneo. La guerra del Donbas también abrió un conjunto más alarmante de posibilidades: si Rusia estaba dispuesta a poner en cuestión las fronteras de Ucrania en nombre de la defensa de los «rusos», ¿qué otras fronteras podrían estar sujetas a revisión y de acuerdo con qué criterios?

---

<sup>29</sup> Véase Ilya Budraitskis, «Putin Lives in the World that Huntington Built», incluido en su libro *Dissidents among Dissidents: Ideology, Politics and the Left in Post-Soviet Russia*, Londres y Nueva York, 2022, pp. 7-11.

La nueva preeminencia de las motivaciones nacionalistas en la perspectiva del Kremlin auguraba en sí misma un cambio de mayor envergadura, que la crisis ucraniana de 2013-2014 hizo evidente y exacerbó: el desacoplamiento de la lógicas económica y territorial del poder ruso<sup>30</sup>. Durante el *boom* del precio de las materias primas de la década de 2000 las prioridades geopolíticas de Rusia y los intereses de sus capitalistas habían estado alineados, siendo la proyección de poder en su «exterior inmediato» compatible con el impulso de invertir en el extranjero por parte de las corporaciones rusas; sintomático de este íntimo solapamiento fue el manifiesto de 2003 redactado por Anatoly Chubais, orquestador del proceso de privatización de Yeltsin, que abogaba por que Rusia forjara un «imperio liberal», como «el único, exclusivo y natural» poder presente en el antiguo territorio soviético. En Ucrania estas dos lógicas se hallaban entrelazadas en un grado inusual, notablemente debido al rol desempeñado por sus gaseoductos en el transporte del gas ruso a los mercados europeos. Después de 2014, sin embargo, las dos lógicas se escindieron: la guerra del Donbas acarreó la destrucción física de muchos activos industriales de propiedad rusa, mientras la anexión de Crimea provocó las consabidas sanciones occidentales que restringieron la inversión tanto interior como exterior. Que el Kremlin considerara estas penalizaciones dignas de ser soportadas indica el cambio subyacente en la naturaleza del poder ruso.

## IO

Las protestas del Maidan habían sido el síntoma de una crisis de larga duración de la representación política en Ucrania, una crisis común a la totalidad de los Estados postsoviéticos, pero que asume un sesgo particularmente polarizador en su caso por las repercusiones internas del estatus del país como objeto geopolítico presa de la confrontación externa<sup>31</sup>. Lejos de resolver la crisis, sin embargo, el curso de la política ucraniana tras el Maidan no hizo sino intensificarla, mientras se acentuaban todavía más las disputas internas al tiempo que el gobierno aceleraba las respectivas integraciones geopolítica y geoeconómica con Washington y Bruselas.

---

<sup>30</sup> Mi análisis en este punto se inspira en Ilya Matveev, «Between Political and Economic Imperialism: Russia's Shifting Global Strategy», *Journal of Labour and Society*, 2021.

<sup>31</sup> A este respecto me baso en el análisis del Maidan y sus consecuencias como «revolución deficiente» efectuado por Volodymyr Ishchenko y Oleg Zhuravlev: «How Maidan Revolutions Reproduce and Intensify the Post-Soviet Crisis of Political Representation», *PONARS Eurasia Policy Memo* No. 714, octubre de 2021.

Petro Poroshenko, elegido presidente en 2014, firmó un «Deep and Comprehensive Free Trade Agreement» con la Unión Europea, que entró en vigor en 2016, mientras que por su parte Estados Unidos liberó un enorme flujo de ayuda de 4 millardos de dólares entre 2014 y 2021, de los cuales aproximadamente 2,5 millardos consistían en ayuda militar<sup>32</sup>. Los diplomáticos estadounidenses estuvieron profundamente involucrados en las negociaciones sobre la composición de los primeros gobiernos de transición posteriores al Maidan y después trabajaron en estrecha conexión con los aparatos militares y de inteligencia ucranianos. Dada la rápida contracción del PIB y el incremento de la deuda del país, Poroshenko inició también una drástica reestructuración neoliberal implementando las medidas proausteridad recomendadas por el FMI: «Sería una pena desperdiciar esta crisis», dicho en las palabras del ministro de Economía y Comercio, de origen lituano, Aivaras Abromavičius<sup>33</sup>.

Pero si a este respecto el orden surgido del Maidan implicó la intensificación de las dinámicas preexistentes, en otras áreas representó una clara ruptura con el pasado. Una de las características específicas de la vida política tras el Maidan fue el abrupto empoderamiento de los movimientos nacionalistas de derecha, que habiendo sido la fuerza organizada más prominente durante las protestas, tras ellas conservaron una capacidad movilizadora mucho mayor que cualquier otra tendencia política. Los liberales prooccidentales, aunque sólidamente anclados en los círculos responsables de las políticas públicas y en las ONG, carecían de tal peso numérico. La debilidad de estos últimos se hallaba agravada por la ausencia, como señala Volodymyr Ischenko, de un límite político e ideológico institucionalizado entre el ala liberal de la sociedad civil y la extrema derecha<sup>34</sup>. Ello permitió a la derecha ganar un grado de influencia ideológica y preeminencia institucional desproporcionado respecto a sus números reales y, crucialmente, a su peso electoral: mientras que partidos como Svoboda se hundían en las urnas, los eslóganes de la extrema derecha se normalizaban en el discurso público y sus formaciones paramilitares se integraban en los aparatos de seguridad del Estado de la mano de Arsen Avakov, durante sus siete años al frente

---

<sup>32</sup> Congressional Research Service, «Ukraine: Background, Conflict with Russia, and us Policy», 5 de octubre de 2021, p. 33; y datos referidos al periodo 2014-2021 procedentes de ForeignAssistance.gov.

<sup>33</sup> «The American Woman Who Stands between Putin and Ukraine», *Bloomberg Businessweek*, 5 de marzo de 2015.

<sup>34</sup> Véase la entrevista con Volodymyr Ischenko, «Hacia el abismo», contenida en este número de la *New Left Review*.

del Ministerio del Interior (2014-2021). Este contraste entre un limitado éxito electoral y un enorme apoyo estatal, así como su acceso a armamento real, ha caracterizado a la derecha ucraniana a diferencia de lo sucedido con las crecientes tendencias neofascistas registradas en otros lugares.

En el contexto de la prolongada guerra del Donbas durante esos años, por otro lado, la descripción de la derecha nacionalista de una Ucrania presa de un permanente asalto por parte de su vecino antagonista tuvo una obvia resonancia. Durante sus primeros seis meses de existencia, el conflicto en el Donbas produjo un incremento de las bajas mortales y de los desplazamientos de masas –aproximadamente cuatro mil muertos por ambos lados en octubre de 2014 a lo que hay añadir medio millón de personas internamente desplazadas y decenas de miles más huidas a Rusia– y continuó generando una continua corriente de víctimas después<sup>35</sup>. En mayo de 2018, las muertes de civiles ascendían a tres mil y las personas heridas a siete mil, aunque era difícil establecer cifras fiables; de acuerdo con una estimación, aproximadamente dos tercios de las bajas se habían producido en los territorios más densamente poblados en poder de las fuerzas separatistas<sup>36</sup>.

El acuerdo de cese el fuego firmado en Minsk en febrero de 2015 fue a lo sumo nominal, siendo objeto de un profundo resentimiento por parte del recientemente empoderado nacionalismo ucraniano, que consideraba todo acuerdo con Rusia como una imposición intolerable, en el mejor de los casos, o bien como una traición, en el peor. En momentos clave, un bloque significativo de la opinión pública, que incluía desde los liberales a la extrema derecha, se movilizó para abortar las iniciativas consideradas como concesiones a Rusia. Esta dinámica explica en parte por qué los cambios constitucionales estipulados a tenor del Segundo Protocolo de Minsk de 2015 –poder descentralizado y concesión de un estatus especial a las provincias de Donetsk y Lugansk– no fueron implementados ni por el gobierno de Poroshenko ni por el de su sucesor, Volodymyr Zelenski, ambos elegidos con contundentes mandatos para lograr la paz.

La victoria de Zelensky en 2019 ejemplificó la crisis de representación indicada previamente. Su descomunal margen obtenido en la

---

<sup>35</sup> International Crisis Group, «Peace in Ukraine: The Costs of War in Donbas», Report No. 261, 3 de septiembre de 2020.

<sup>36</sup> International Crisis Group, «Nobody Wants Us: The Alienated Civilians of Eastern Ukraine», Report No. 252, 1 de octubre de 2018.

segunda vuelta de abril –73 frente al 24 por 100 de los votos obtenido por Poroshenko– fue igualado en las elecciones legislativas celebradas en julio en las que su partido, Servir al Pueblo, denominado así a partir de su éxito televisivo y recién creado unos pocos meses antes, obtuvo el 43 por 100 de los votos y doscientos cincuenta y cuatro escaños respecto a un total de cuatrocientos cincuenta. El sentimiento contrario al *establishment* se hallaba en el centro del atractivo de Zelensky, fruto de la frustración aderezada por el estancamiento económico y de una corrupción oligárquica permanentes. Sin embargo, sus promesas de lograr la paz en el Donbas y su línea más conciliatoria hacia la población ruso-parlante –Poroshenko había suspendido las pensiones en las áreas en poder de los separatistas e impuesto la prohibición de comerciar con ellas, así como restringido el uso del ruso en la esfera pública– fueron también esenciales, especialmente en las provincias orientales en las que Zelensky superó a Poroshenko por márgenes todavía mayores.

El abandono de este programa una vez que ocupó el poder demuestra el poderoso peso combinado de los impulsos nacionalistas y prooccidentales en el sistema político ucraniano. La ausencia de fronteras entre los liberales y la extrema derecha convirtieron las acusaciones de «venderse a Rusia» en un arma especialmente efectiva en las batallas políticas; si bien desplegada frecuentemente de modo oportunista por los clanes oligárquicos rivales, tuvieron como efecto intensificar la puja nacionalista, incrementando la polarización al tiempo que reducían el espacio de maniobra del gobierno. En octubre de 2019, por ejemplo, Zelensky anunció la aceptación por parte de su gobierno de la «fórmula Steinmeier», el instrumento técnico previamente acordado en Minsk para implementar el estatus especial de las entidades separatistas, lo cual fue inmediatamente saludado, sin embargo, con protestas coreadas bajo el eslogan de «No a la capitulación», mientras la extrema derecha levantó barricadas para impedir el cese de hostilidades en la línea del frente<sup>37</sup>.

Si el tenor de la política ucraniana imponía constricciones evidentes sobre las iniciativas dirigidas a la implementación de los Acuerdos de Minsk, a la inversa se limitaba a incrementar el impulso de la reorientación estratégica del país hacia el oeste. En febrero de 2019, la Constitución de Ucrania fue reformada para superar el estatus de «no integración en ningún bloque», afirmar «la irreversibilidad del curso europeo y euroatlántico de Ucrania» y

---

<sup>37</sup> Katharine Quinn-Judge, «Peace in Ukraine: A Promise Yet to Be Kept», *ISPI Online*, 17 de abril de 2020.

consagrar el compromiso de su futura adhesión a la OTAN. En esos momentos las encuestas indicaban que tan solo el 45 por 100 de la población ucraniana se mostraba de acuerdo con la mencionada adhesión<sup>38</sup>.

El desenvolvimiento militarizado de la crisis después de 2014 fue un potente acelerador para la consolidación de un sentimiento del ser nacional ucraniano, que se definió de modo cada vez más intenso por el antagonismo con su vecino más poderoso. Como en tantas otras coyunturas históricas anteriores, a partir de 2014 los procesos de construcción nacional y de formación del Estado de Ucrania fueron sobredeterminados por fuerzas externas y distorsionados por la guerra.

## II

El discurso televisado de Putin de 21 de febrero de 2022, pronunciado para legitimar la inminente invasión de Ucrania, desplegó la combinación característica de actitudes hacia este país. Cada una de ellas desempeñaba un papel en la decisión tomada por el Kremlin de atacar a su vecino; ninguna de ellas se remite únicamente a Putin. Indiferenciadas en su política y su práctica, pero analíticamente distintas, estas actitudes se hallan enraizadas en estratos diferentes de reflexión presentes en el seno de la elite rusa y su repentina superposición explica en parte la mezcla de cálculo racional y exceso de exposición imperial subyacentes a la invasión.

Un estrato de reflexión es estrictamente geopolítico y contempla Ucrania como una ubicación estratégica vital que ningún gobierno ruso debería voluntariamente ceder a la OTAN. Un segundo estrato, inspirado tanto en hipótesis de la era soviética como en las fuentes del nacionalismo ruso, muestra la convicción de que Ucrania no es realmente un país, como supuestamente Putin dijo a George W. Bush en 2008. La percepción básica de la Ucrania actual como, en el mejor de los casos, un constructo histórico contingente, es ampliamente compartida en Rusia, articulada por figuras que van de Gorbachov a Solzhenitsyn, que a su vez se inspiran en un dilatado precedente imperial<sup>39</sup>. Un tercer conjunto de

---

<sup>38</sup> La cifra se basa en las encuestas efectuadas en ambos campos de la reforma constitucional: el 44 por 100 en diciembre de 2018 y el 49 por 100 en mayo de 2019. Las cifras son especialmente sorprendentes, dado que la encuesta fue efectuada bajo los auspicios de USAID: «Public Opinion Survey of Residents of Ukraine», Center for Insights in Survey Research, 6-15 de noviembre de 2021.

<sup>39</sup> En octubre de 1991, Gorbachov le dijo a George W. Bush que «Ucrania, dadas sus fronteras actuales, sería un constructo inestable, aunque se desmembrara» y

preconcepciones sobre Ucrania tiene un origen más reciente y concierne a su estatus precisamente como un país relacionado pero distinto de Rusia, que se está moviendo a lo largo de una trayectoria política distinta de la de esta. Allí donde Rusia ha mantenido el sistema de «democracia de imitación», Ucrania lo ha derribado una y otra vez mediante levantamientos populares: el Maidan conjura el espíritu de un desorden político que plantea una amenaza directa al poder del Kremlin. Finalmente, nos topamos con el estatus geoeconómico de Ucrania, sede no solo de los gaseoductos que transportan el gas ruso a sus cruciales mercados europeos, sino también el mayor mercado potencial para cualquier proyecto económico regional dirigido por Rusia.

Todas estas motivaciones se precipitaron conjuntamente en la decisión de invadir Ucrania. El discurso pronunciado por Putin el pasado 21 de febrero ofrecía una recapitulación familiar de las acusaciones contra la expansión de la OTAN y los dobles raseros occidentales, así como una crítica del «nacionalismo y neonazismo agresivos» de la Ucrania posterior al Maidan, que amplificaba un tema predilecto de los medios de comunicación gestionados por el gobierno ruso. Sin embargo, la parte del león del discurso fue la dedicada a impartir una larga lección de historia para demostrar la naturaleza artificial de las actuales fronteras de Ucrania. Putin dirigió una furia especial contra Lenin y contra las políticas de los bolcheviques sobre la cuestión nacional: «¿Por qué era necesario efectuar tales regalos que superaban los sueños más desmesurados de los nacionalistas más fervientes?». Volviendo al presente, Putin afirmó que si lo que los nacionalistas ucranianos realmente querían era la «descomunización» del país —entendiendo por tal básicamente la normativa aprobada por la Rada en 2015, que prohibía las organizaciones y símbolos «comunistas» y exigía el cambio de la nomenclatura del callejero—, «ello no presenta problema alguno para nosotros», lo cual implicaba que los ucranianos debían estar dispuestos a perder los territorios que los comunistas habían «dado» a Ucrania. Reconocer la independencia de las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk era un primer paso hacia ello. La fantasía histórica en juego aquí no era la restauración de la Unión Soviética y, por consiguiente, la reincorporación de una Ucrania

---

que «únicamente existía porque los bolcheviques locales, en un momento determinado, habían fijado de modo arbitrario sus fronteras como un medio para conservar su propio poder», M. E. Sarotte, *Not One Inch: America, Russia and the Making of Post-Cold War Stalemate*, cit., p. 127. Solzhenitsyn, por su parte, criticó a los nacionalistas ucranianos «por aceptar alegremente las falsas fronteras leninistas de Ucrania», A. Lieven, *Ukraine and Russia: A Fraternal Rivalry*, cit., p. 150.

semisoberana subordinada a la Federación Rusa, sino, por el contrario, el desenmarañamiento de la herencia soviética y la reversión a las fronteras imperiales, lo cual conjura el espectro del desmembramiento del país.

¿Ha sido, de hecho, este el objetivo de la política rusa durante todo este tiempo, esto es, un neoimperialismo revanchista propenso a subyugar a la periferia, ocultado por un momento tras las objeciones al expansionismo de la OTAN, pero ahora al fin revelado en la destrucción desencadenada contra Ucrania? Para muchos analistas liberales, la invasión rusa prueba que la expansión de la OTAN no era de hecho el problema, sino, por el contrario, la coartada para ocultar la incapacidad de aceptar una Ucrania soberana por parte de Rusia o bien su oposición a la Unión Europea<sup>40</sup>. Aunque el interés del *establishment* europeo y estadounidense en remover la expansión de la OTAN del cuadro es obvio, hay quien desde la izquierda también ha aceptado este razonamiento, criticándose a sí mismo y a sus colegas por aceptar la narrativa del papel desempeñado por la Alianza<sup>41</sup>. Otros autores han reflexionado sobre la insuficiente atención prestada al peso autónomo del nacionalismo en los cálculos del Kremlin y han puesto de relieve su peligrosa predisposición a privar de toda consideración racional a los intereses económicos o políticos, así como el activo papel desempeñado por Rusia a la hora de ejercer la consabida presión neoimperial sobre su entorno, en vez de analizar meramente la situación como la reacción rusa a las iniciativas occidentales<sup>42</sup>.

Sin embargo, la aparente dicotomía ahora en curso entre dos esquemas explicativos alternativos –uno que pone de relieve la expansión de la OTAN; el otro, la fuerza oculta durante mucho tiempo del nacionalismo ruso; el primero supuestamente exculpando a Rusia, el segundo difuminando el papel de la OTAN– es a la postre falsa. En el mundo real, de hecho, la expansión de la OTAN se ha producido y la emergencia de un nacionalismo ruso cada vez más asertivo y militarizado es inextricable de este proceso, porque fue en gran parte impulsado y fortalecido por él. Respecto a Ucrania, las fantasías nacionalistas rusas se han hallado persistentemente enmarañadas con cálculos geoestratégicos, al igual que el progreso de los intereses oligárquicos lo ha hecho con la autopreservación

---

<sup>40</sup> Para Sam Greene, «a pesar de toda la retórica sobre la OTAN, el problema de Moscú es fundamentalmente la Unión Europea», «Here's looking at EU», 10 de febrero de 2022, [tldrussia.substack.com](https://tldrussia.substack.com).

<sup>41</sup> Greg Afinogenov, «The Seeds of War», *Dissent*, 2 de marzo de 2022.

<sup>42</sup> Volodymyr Artiukh, «US-plaining is not enough. To the Western left, on your and our mistakes», Commons.ua, 1 de marzo de 2022.



de un sistema «democrático por imitación». Podemos debatir qué peso asignamos a estos factores, pero no cabe duda alguna de que todos ellos concurren simultáneamente. Reconocer su existencia, por otro lado, no disminuye en modo alguno la responsabilidad de Rusia por la invasión de Ucrania. Ayuda, por el contrario, a clarificarla, permitiéndonos identificar los distintos vínculos existentes en la cadena causal que nos ha llevado hasta este momento y distinguir el grado de culpabilidad de cada uno de los actores implicados. Una política consecuentemente antiimperialista exige no solo la condena de las guerras criminales cuando estas se despliegan, sino también la comprensión del campo de la confrontación de las grandes potencias que repetidamente las produce.

## 12

La decisión de Rusia de invadir Ucrania sorprendió incluso a aquellos que habían invertido meses en anunciar su inminencia. Algunos de los observadores más lúcidos esperaban que el reconocimiento ruso de los subestados del Donbas fuera seguido de una operación militar limitada para expandir su territorio. La enorme sorpresa inicial ante la invasión, efectuada realmente a una escala mucho mayor que la esperada inicialmente, se vio agravada por la naturaleza evidentemente delirante de los objetivos declarados por el Kremlin: la desmilitarización y la «desnazificación» de Ucrania, lo cual implicaba no solo iniciativas para inutilizar permanente el ejército ucraniano, sino también el establecimiento de un nuevo régimen político. ¿Apuntaba este planteamiento a una irracionalidad más profunda por parte del Kremlin, a un desacoplamiento del proceso de toma de decisiones de los patrones básicos del razonamiento estratégico? La idea de que Rusia pudiera imponer en 2022 un gobierno títere en un país en el que no había podido siquiera contribuir a amañar las elecciones de 2004 desafiaba lo razonable. Sin embargo, la estrategia militar inicial, que contempló ataques rápidos para apoderarse de Kiev y decapitar al gobierno, reflejaba esta ambición. En el lapso de algunos días este planteamiento había manifiestamente fallado, propiciando un recalibramiento de la estrategia y la vuelta a los bombardeos por la artillería y los métodos de asedio vistos en Chechenia. Los informes de las atrocidades cometidas por las fuerzas rusas en las áreas ocupadas ofrecieron ulteriores ecos de ese siniestro precedente.

La atroz paradoja de la estrategia militar rusa es que la mayor destrucción causada hasta la fecha se ha producido en el este y el sur de Ucrania, es decir, en las áreas más «rusas» que el Kremlin afirmaba estar «liberando». Aunque el discurso de Putin del 21 de febrero pasado podría haber presagiado la «reunificación de las tierras rusas», el primer resultado de la guerra ha sido la devastación de las áreas rusohablantes ucranianas, cuya probable consecuencia será la repulsión por parte de una población que el Kremlin ha considerado durante mucho tiempo una minoría con capacidad de bloqueo localizada en el seno de Ucrania. Esta despreocupación por su bienestar sugiere un improbable fracaso de los servicios de inteligencia –¿realmente alguien situado en las altas esferas del Kremlin creía que los soldados rusos serían bienvenidos como liberadores?– o bien una concepción en cierto sentido todavía más fundamental, que presupone que se trata de una población distinta de la propia de Rusia. El propio hecho de que los estrategas rusos siquiera consideraran la mera posibilidad de librar esta guerra atestigua a la postre que pensaban que Ucrania es, en realidad, una entidad soberana, separada, inserta en una trayectoria de alejamiento, cada vez más acelerada, de la órbita rusa. Al destrozarse físicamente la herencia soviética compartida, que una vez unió a Rusia y Ucrania, la guerra únicamente confirma la realidad política subyacente.

## 13

Tras cinco semanas de guerra (6 de abril de 2022) todavía queda por ver qué curso futuro seguirá el conflicto. El peor escenario posible, que implica una guerra a gran escala entre las potencias de la OTAN y Rusia, todavía no se ha materializado, pero cuanto más se prologue la guerra, más elevada será la posibilidad de una escalada con consecuencias potencialmente catastróficas. La aserción beligerante de Biden durante su visita a Polonia durante el pasado mes de marzo de que Putin «no puede permanecer en el poder» incrementa las perspectivas de que se produzca tal resultado. El cambio de régimen, ya totalmente evidente en la guerra económica, sin precedentes por su escala, coordinada por Occidente, se ha convertido ahora en el objetivo explícito, si bien no oficial, de la política estadounidense.

Un segundo escenario sería la derrota militar de Rusia junto con una combinación de sanciones y de envíos de armas estadounidenses y

europas, que contribuyeran no solo a detener el avance ruso, sino a forzar una retirada sin la firma de acuerdo de paz alguno, lo cual parece improbable –el mero tamaño del ejército ruso significa que puede continuar combatiendo durante algún tiempo, si existe la voluntad política de hacerlo– y, en ausencia de un acuerdo de paz, ello no significaría nada más que un respiro temporal para Ucrania.

Una tercera posibilidad, que sería la más desastrosa para Ucrania, es la prolongación indefinida del conflicto con el mucho más grande ejército ruso enfrentándose a las fuerzas ucranianas objeto de un rearme constante por parte de Estados Unidos y las potencias europeas. El resultado sería convertir a Ucrania en el escenario de una implacable guerra por delegación en la que la ayuda procedente de Estados Unidos y sus aliados contribuiría a obstruir sin neutralizar el poder destructivo de las armas rusas. A esto apunta la política concertada por los gobiernos occidentales actualmente y las implicaciones de tal estrategia se burlan de su aparente preocupación por el bienestar del pueblo ucraniano. El 28 de febrero, Hillary Clinton, interviniendo en el canal de televisión MSNBC, describió el Afganistán de la década de 1980 como «el modelo al que la gente está mirando ahora, aunque «las similitudes no son aquellas que deberíamos esperar». El ejemplo de Siria parece no menos escalofriantemente relevante.

Un cuarto escenario, menos pesimista, implica un rápido acuerdo de paz. A mediados de marzo se ha puesto sobre la mesa un nuevo conjunto de demandas rusas al hilo de las conversaciones mantenidas entre los enviados ucranianos y rusos: neutralidad de Ucrania y reconocimiento de la soberanía rusa sobre Crimea y de la independencia de las provincias de Donetsk y Luhansk. A finales de marzo, los negociadores ucranianos adelantaron un plan de diez puntos en el que proponían que el país adoptara el estatus de no alineamiento y renunciara a las armas nucleares, sujeto ello a un referéndum, y que su seguridad fuera garantizada por un consorcio de terceros Estados. La discusión sobre Crimea se desligaría en un proceso bilateral independiente, quedando sin mencionar el Donbas. Cualesquiera que sean los contornos de un eventual acuerdo de paz y a pesar de todo el postureo mostrado por Washington y sus aliados, parece que la adhesión de Ucrania a la OTAN debería ser excluida. Dada la escasa protección que la posibilidad de unirse a la OTAN ha ofrecido a Ucrania y dado lo mucho que la propia Alianza ha contribuido al desencadenamiento del conflicto desde el primer momento, el pueblo ucraniano puede concluir que ello constituye una condición aceptable

para la paz. Pero con las fuerzas rusas aparentemente estancadas en su avance y las armas europeas y estadounidenses llegando masivamente a Ucrania, el gobierno ucraniano puede tener menos incentivos para aceptar un acuerdo a punta de pistola, especialmente si es jaleado por sus aliados para que crea que esas armas forzarán finalmente la retirada del invasor. Si se descubrieran ulteriores atrocidades como las de Bucha, sacadas a la luz a principios de abril, las razones morales para negociar una paz con Rusia encontrarían mayores dificultades.

Una quinta posibilidad, situada en cierto sentido entre los dos escenarios precedentes, es que una situación de punto muerto militar conduzca no a un acuerdo de paz, sino a una tregua armada. Por un lado, las tropas ocupantes rusas pueden acabar controlando una porción lo suficientemente grande del territorio como para forzar una partición de facto, mientras que, por otro, las fuerzas ucranianas, con el respaldo de la OTAN, se situarían detrás de las líneas del frente que se extenderían cientos de kilómetros. Los movimientos rusos, como los efectuados a finales de marzo para recalibrar los esfuerzos militares en el Donbas, señalaron específicamente tal posibilidad. Ello constituiría una versión a una escala mucho mayor de la línea de armisticio fortificada acordada entre Corea del Norte y Corea del Sur e implicaría la militarización permanente no únicamente de las entidades políticas situadas a cada lado de la misma, sino de buena parte de Europa.

#### I4

La guerra ha tenido ya un coste inaceptable para Ucrania y en cualquier escenario su futuro se antoja difícil, si no desolador. Reparar el daño físico causado a las infraestructuras del país y hacer volver a los refugiados a sus casas tras un eventual acuerdo de paz no será una tarea baladí; la restauración de su soberanía será una empresa de otra magnitud, que dependerá de los designios y las presiones de las fuerzas externas en liza. Una retirada rusa, si venturosamente se produjera lo antes posible, permitiría al menos que comenzaran los trabajos de reconstrucción. Pero la invasión ha sembrado una enemistad que se prolongará durante mucho tiempo.

En la propia Rusia, la guerra ya ha propiciado un giro marcadamente más autoritario. La erupción de protestas contra la invasión ha dado lugar a medidas represivas internas, que han supuesto el arresto de miles de

ciudadanos en docenas de ciudades. Aunque el apetito popular por la guerra sigue siendo bajo, el incremento integral de la presión occidental sobre el régimen y la militarización a escala europea que seguirá al conflicto bien pueden estimular el reconocimiento en torno a la bandera en vez de la deserción en masa y la rebelión por parte de la población rusa. De no producirse tal terremoto político, el régimen se mostrará poco inclinado a establecer relaciones positivas con Ucrania. A largo plazo, si el castigo de Rusia mediante las sanciones se institucionaliza, el país se enfrentará a la opción entre una autarquía armada y una integración más estrecha con China. En ambos casos su dependencia de las exportaciones de recursos naturales y las enormes desigualdades asociadas al actual modelo económico se incrementarán a medida que el gasto militar consuma una cuota creciente de la menguante renta nacional de Rusia.

Europa también incrementará con toda probabilidad su militarización, siendo el anuncio efectuado por Alemania de que aumentará su gasto militar por encima del 2 por 100 un sombrío pronóstico de las cosas por venir. Si el orden político-económico reinante se mantiene en vigor, es difícil pensar que este crecimiento del gasto militar no se efectúe a costa de la reducción de lo poco que queda de las redes de seguridad social. Los Estados securitarios neoliberales intercambiarán crecimiento comercial por más misiles y alambre de espino. Resulta difícil no ver paralelismos con la *belle époque*. Entonces, como ahora, las tensiones interimperiales alimentaron una impetuosa carrera de armamentos. Entonces, como ahora, la opinión pública también se alineó fácilmente con los gobiernos. En 1914 los partidos parlamentarios de la izquierda siguieron esta orientación votando por las consignaciones presupuestarias destinadas a la guerra en sus respectivos parlamentos nacionales, haciendo así posible el baño de sangre que habían jurado evitar dos años antes. Este es, por supuesto, otro siglo y la izquierda se halla en una posición de mucha mayor debilidad, pudiendo ejercer una influencia mucho menor sobre el curso de los acontecimientos. Por la misma razón, es mucho más vulnerable a ser arrastrada o ser dejada de lado por una eventual confrontación militar entre las grandes potencias, que de ningún modo ha contribuido a propiciar. Algunas de las viejas herramientas –internacionalismo, solidaridad de clase, una fiera e insobornable claridad analítica– serán necesarias para rearmar a la izquierda contra esta nueva ronda de enfrentamiento interimperial: contra los poderosos, contra sus guerras y contra su paz.